

# 1917 Y NOSOTROS. ENTREVISTA A JULIÁN CASANOVA

*Alejandro Lillo*

*Resumen:* Julián Casanova, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza e investigador en el Institute for Advanced Study de Princeton, expone los acontecimientos relacionados con la revolución rusa de 1917, de la que acaban de cumplirse cien años. En la entrevista, aparte de reflexionar sobre las causas y consecuencias de la revolución rusa, se abordan una amplia variedad de temas: el equilibrio que en todo estudio histórico debe existir entre el análisis social y la acción del individuo, el uso que el historiador debe hacer de las fuentes, el papel desempeñado por las mujeres en la revolución, la manipulación a la que es sometida la historia desde algunos ámbitos del poder, etc., etc.

*Palabras clave:* Julián Casanova, revolución rusa, historiografía, Europa del Este.

## **1917 and us. Interview with Julián Casanova**

*Abstract:* Julian Casanova, Professor of Contemporary History at the University of Zaragoza and Visiting Professor at the Institute for Advanced Study of Princeton discusses the events related to the Russian Revolution of 1917, of which only one hundred years have passed. In the interview, besides reflecting on the causes and consequences of the Russian revolution, a wide variety of topics are addressed: the balance that in any historical study must exist between the social analysis and the action of the individual, the use that the historian must make of the sources, the role played by women in the revolution, the manipulation to which history is subjected from some spheres of power, etc., etc.

*Key words:* Julian Casanova, Russian Revolution, historiography, Eastern Europe.

Julián Casanova es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, aunque actualmente desempeña su labor investigadora en el Institute for Advanced Study de Princeton, institución por la que han pasado más de treinta Premios Nobel, entre ellos Albert Einstein, T. S. Eliot o Joseph E. Stiglitz. Casanova es también profesor visitante en la Central European University de Budapest, y autor de importantes estudios centrados principalmente en el siglo XX español y europeo, como *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939* (Crítica, 1997), *La Iglesia de Franco* (Temas de Hoy, 2001), *República y Guerra Civil* (Crítica/Marcial Pons, 2007), *Europa contra Europa, 1914-1945* (Crítica, 2011) o *España partida en dos. Breve his-*

---

Data de recepció: 7 de setembre de 2017 / Data d'acceptació: 12 de desembre de 2017.

*toria de la guerra civil española* (Crítica, 2013). Su importante labor investigadora y docente – junto a las clases impartidas en Zaragoza y Budapest, ha sido profesor visitante en la Universidad de Harvard, en la Universidad de Notre Dame y en la New School University de Nueva York, entre otras– se compagina con una destacada presencia en los medios de comunicación. Colaborador en el programa de Onda Cero dirigido por Julia Otero y en *24 horas Radio Nacional*, con Antonio Delgado, escribe habitualmente en *El País* e *Infolibre* y puntualmente en *Ctxt*.

Coincidiendo con el centenario de la Revolución Rusa de 1917, Julián Casanova publicó sendos textos sobre aquel acontecimiento, uno de los más trascendentales del siglo XX. El primero de ellos es *La venganza de los siervos. Rusia 1917* (Crítica, 2017), un volumen que sintetiza las más recientes investigaciones sobre la Revolución Rusa. En este libro se aprecia un interés por transmitir, de una forma clara, amena, rigurosa e informada a un público amplio cómo fueron aquellos días que, parafraseando a John Reed, sacudieron al mundo.

El otro es un artículo titulado “Viejos y nuevos relatos sobre las revoluciones de 1917”, aparecido en el número 88 de la revista *Historia Social*. En dicho artículo Casanova reflexiona sobre cómo han evolucionado las distintas interpretaciones de la Revolución Rusa, cómo las transformaciones historiográficas, pero también las cuestiones puramente políticas y sociales, han modificado sustancialmente las interpretaciones sobre aquella transformación radical de uno de los imperios más grandes del planeta.

**ALEJANDRO LILLO: Antes que nada me gustaría agradecerle, en nombre de *Saitabi* y de su Consejo de Redacción, su disposición a concedernos esta entrevista. Con ella se inaugura un dossier titulado «La revolución de nuestro tiempo». El objetivo es reflexionar sobre distintas revoluciones, tanto políticas como económicas y sociales, que han tenido lugar a lo largo del siglo XX. Parece pertinente comenzar con la revolución rusa (o las revoluciones rusas), un acontecimiento, además, que acaba de cumplir cien años. Teniendo en cuenta que el Novecientos está repleto de procesos terribles, que han configurado de manera decisiva nuestro mundo, ¿qué importancia podríamos darle a las revoluciones rusas de 1917? ¿Estamos ante el suceso más importante del siglo XX?**

**JULIÁN CASANOVA:** Resulta difícil ordenar por importancia acontecimientos del siglo XX, un siglo que presenció dos guerras mundiales y las manifestaciones más extraordinarias de violencia política –genocidios, limpiezas étnicas, Holocausto–. Pero las revoluciones de 1917 en Rusia están entre ellos, sin duda, no solo por el impacto que tuvieron en el mundo, sino porque, junto con la re-

volución francesa, constituyen el paradigma de la transformación más súbita y profunda de la historia moderna. Y los grandes debates historiográficos y políticos que ha generado están también a la altura de su relevancia histórica.

**A. LILLO: Son una serie de procesos que tienen su base, además, en la rotunda negativa del zar Nicolás II a aceptar los cambios que se estaban produciendo en la sociedad rusa. Por un lado, los propios de la modernidad; por otro, los que le demandaban sus súbditos. El zar no entiende, o no quiere entender, que ya no puede conducirse como un autócrata.**

JULIÁN CASANOVA: El zar ni se enteró de que una revolución había comenzado en Petrogrado, en el corazón de su gran imperio, en medio de una guerra desastrosa para Rusia. La autocracia ya no servía para gobernar un imperio tan grande y complejo, pero Nicolás II se aferró al poder absoluto en vez de ensanchar su base política. Al igual que antes había hecho su padre, se sintió amenazado por la modernidad e intentó parar el reloj de la historia, retrasándolo a la edad de oro ya distante de la autocracia moscovita del siglo XVII, manteniendo los principios de la autoridad personal y de su poder absoluto en la Corte frente a la burocracia imperial que había comenzado a desarrollarse desde la segunda mitad del siglo XIX como una fuerza de modernización y reforma.

**A. LILLO: La indiferencia y el desprecio que muestra el zar hacia sus súbditos es un claro indicador de la distancia que existía entre la Corte y la dura realidad en la que vivían tanto los campesinos como los obreros rusos.**

JULIÁN CASANOVA: Aunque Nicolás llegó al trono en un momento de modernización y cambio, la elite gobernante procedía predominantemente de la aristocracia terrateniente tradicional. El zar elegía a los ministros y altos funcionarios, que le tenían que informar directa e individualmente a él, y no existía un gobierno, un consejo de ministros, como grupo coherente de políticos y ejecutores de sus políticas. Era un sistema patrimonial, como han destacado algunos especialistas como Orlando Figes o Richard Pipes, y el mismo Nicolás lo describió con una metáfora más ilustrativa que la mejor definición: “Yo concibo a Rusia como un latifundio en el que el propietario es el Zar, el administrador la nobleza, y los trabajadores son los campesinos”. La Rusia de Nicolás II era una autocracia ejercida por el zar a través del ejército, la policía y la burocracia, con apoyos todavía importantes entre una nobleza terrateniente que perdía gradualmente poder, y legitimada por la Iglesia ortodoxa rusa, la iglesia oficial de la monarquía que representaba nominalmente a casi tres cuartos de la población.

**A. LILLO: La situación político-social en el Imperio ruso también nos dice mucho sobre lo peligrosa que es la desigualdad o la polarización social. ¿Las injusticias también tienen un límite?**

JULIÁN CASANOVA: Sí, pero no son solo las desigualdades o la polarización social, percibidas como injusticias, las que producen la quiebra del sistema. La crisis política y social fue precipitada por el desastre de la Primera Guerra Mundial. Es verdad que la profunda grieta entre una sociedad en cambio y la autocracia había comenzado ya algunas décadas antes, con manifestaciones violentas desde arriba y desde abajo y con un sufrimiento extendido a amplios sectores de la población. La quiebra de ese sistema no llegó, sin embargo, por la subversión o los disturbios sociales, por los conflictos internos, sino por acontecimientos externos, la rivalidad imperial que Rusia mantenía con Alemania y Austria-Hungría.

**A. LILLO: La revolución de 1905 obligará a Nicolás II a adoptar una serie de reformas, como la creación de la Duma. Sin embargo, muy pronto él mismo y sus ministros vaciarán de contenido todas estas transformaciones de corte aperturista y liberal. ¿Qué tiene el poder que cuesta tanto compartirlo?**

JULIÁN CASANOVA: En este caso estamos hablando de un poder extraordinario, de un zar que se aferró a los principios del emperador autocrático. Su tutor personal e ideólogo de la autocracia, Konstantín Pobedonostsev (1827-1907), había hecho en 1890 una defensa del sistema que, más allá de su valor propagandístico, era, como observa Christopher Read, una comparación ideal entre Rusia y Europa occidental<sup>1</sup>. La sociedad occidental capitalista estaba degenerada, porque las grandes ciudades industriales se convertían en hormigueros de perversión y enfermedad, todo tocado por el materialismo y el dinero, con los valores tan cacareados de la democracia atravesados por la corrupción y el interés propio de los políticos. La sociedad rusa, por el contrario, era una jerarquía de estilo familiar, donde cada uno aceptaba su lugar, con un zar de árbitro benévolo e imparcial, siempre dispuesto a escuchar las demandas justas del pueblo, que hacía innecesaria la política organizada.

Con ese tutor y esas ideas, basadas en el mito de la autocracia como la “beneficencia personificada”, no es extraño que Nicolás II creyera que era zar por

---

<sup>1</sup> Read, C. (2013), *War and Revolution in Russia, 1914-22. The Collapse of Tsarism and the Establishment of Soviet Power*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, Palgrave Macmillan.

derecho divino, un enviado de Dios para preservar los principios de la auto-cracia, basada al mismo tiempo en la lealtad y buena voluntad de sus súbditos. “Hemos sido puestos en el trono por Dios”, le escribió a la zarina, “y debemos mantenerlo intacto para entregarlo así a nuestro hijo”.

**A. LILLO: Al zar le pasa lo que a otros muchos. Quienes, por las razones que sean, se encuentran durante un tiempo prolongado en una posición de poder, tienden a pensarse invencibles, intocables incluso. Lo vemos en Nicolás II y en la zarina, Alejandra Fiódorovna. Salvando las distancias, es algo que también les ha pasado a muchos políticos corruptos. Actúan durante años con total desparpajo, como si estuvieran al margen del bien y del mal.**

JULIÁN CASANOVA: Como he aclarado en la respuesta anterior, creo que hay notables diferencias entre el poder autocrático y el poder democrático, aunque la democracia occidental, que tuvo una edad de oro en la segunda mitad del siglo XX, esté en la actualidad perdiendo algunos de sus valores básicos.

Alejandra (1872-1918), hija del Gran Duque de Hesse-Darmstadt y de la princesa Alice de Inglaterra, había sido criada y educada en Inglaterra por su abuela la reina Victoria y era totalmente ajena a la cultura y a las costumbres rusas cuando en 1894 se convirtió en zarina, a la edad de veintidós años. Nunca fue popular, con fama de fría y reservada, poco afectuosa en sus comparecencias en la corte, y de la correspondencia con su abuela se deduce que tampoco le importaba mucho, convencida de que en Rusia, al contrario que en Inglaterra, los monarcas no tenían “necesidad de ganar el afecto del pueblo”, que adoraba a sus zares “como seres divinos”. Su intromisión en los asuntos políticos y la influencia que Rasputín ejerció sobre ella, emponzoñaron las relaciones entre la monarquía y sus principales y tradicionales apoyos en la sociedad, desde la nobleza, a la Iglesia y el ejército. Nunca ocultó, además, su odio visceral a la Duma y a los dirigentes reformistas. Como le dijo a su marido en una carta el 14 de diciembre de 1916, ella “tranquilamente y con conciencia lúcida... habría enviado a Lvov a Siberia,... a Miliukov, Guchkov y Polivanov también a Siberia”<sup>2</sup>. Esa concepción del poder lo dice todo.

---

<sup>2</sup> El Príncipe Lvov (Gueorgui Yevguénievich Lvov), reformista de corte liberal y miembro destacado del Partido Democrático Constitucional (Kadete), fue el primer presidente del Gobierno Provisional Ruso. Pavel Miliukov fue otro miembro destacado de ese mismo partido. Aleksandr Guchkov, de ideas igualmente aperturistas, fue ministro de defensa durante el gobierno del Príncipe Lvov. Alexei Polivanov, por último, fue un destacado militar ruso, ministro de guerra desde junio de 1915 hasta mayo de 1916, momento en el que fue cesado por la zarina Alejandra.

**A. LILLO: Finalmente será la guerra, la Primera Guerra Mundial, la que actúe como el catalizador de la revolución. Usted lo explica muy bien en *La venganza de los siervos*. En cuanto la autoridad desaparece, el edificio entero se desmorona, ¿no?**

JULIÁN CASANOVA: El impacto de esa guerra fue global, más allá del gran impacto que tuvo en Rusia. Christopher Clark, en su exhaustivo estudio de los acontecimientos y decisiones que condujeron a esa guerra, llega a la conclusión de que en 1914 hubo una “profunda quiebra de las perspectivas éticas y políticas” que socavaba el consenso y minaba la confianza entre las naciones<sup>3</sup>. La guerra, ideada para garantizar la sobrevivencia y continuidad de los imperios alemán y austro-húngaro, acabó con su estrepitosa derrota y desaparición cuatro años después. Por el camino se llevó al imperio ruso, desacreditó la democracia liberal y de la batalla salieron también el comunismo y el fascismo, alternativas y después polos de atracción para intelectuales, vehículos para la política de masas, viveros de nuevos líderes que, subiendo de la nada, arrancando desde fuera del *establishment* y del viejo orden monárquico e imperial, propusieron rupturas radicales con el pasado.

Pero en ningún lugar tuvo consecuencias inmediatas tan profundas como en el imperio ruso. La magnitud de las cifras de hombres reclutados y los problemas que esa movilización provocó, están, según la mayoría de los especialistas, en la raíz de la revolución y de sus consecuencias. Entre 1914 y comienzos de 1918 (momento en que los bolcheviques, tras la conquista del poder, firmaron la paz con Alemania en Brest-Litovsk) Rusia movilizó alrededor de quince millones y medio de hombres, un número que excedía la capacidad de despliegue y de armamento y de suministros necesarios. Las pérdidas totales se elevaron a más de siete millones: más de tres millones de muertos o desaparecidos sin dejar rastro, y cuatro millones de heridos, muchos de ellos mutilados de gravedad.

Las derrotas y la mala administración del Gobierno causaron un profundo descontento entre todos los sectores de la sociedad y fue particularmente notorio en los círculos políticos liberales y de la elite que se habían puesto al frente del fervor patriótico, de unidad en defensa de la nación, en agosto de 1914. Puede decirse que la revolución comenzó, como ocurre casi siempre en la historia contemporánea, con grietas por arriba, antes de que las clases populares, y los revolucionarios, desde abajo, pasasen a la acción.

---

<sup>3</sup> Clark, C. (2015), *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

**A. LILLO: ¿Por qué fracasan los distintos gobiernos provisionales? Sabemos que cuando el Príncipe Lvov toma los mandos del gobierno, la situación es prácticamente insostenible. No se puede, al mismo tiempo, controlar una revolución interna y afrontar una guerra total frente a un poderoso enemigo exterior. ¿Con qué dificultades se encontraron?**

JULIÁN CASANOVA: La Duma, conservadores y liberales, los propietarios y algunos generales presionaban al zar para que abdicara, temerosos de que si seguía en el poder la revolución sería inevitable y se extendería al frente. Lo que buscaban, por lo tanto, era prevenir la revolución, evitar que se trasladara al frente y conducir la guerra de forma más eficaz. Suponían que el sacrificio de Nicolás II les salvaría a ellos. Pero ocurrió justamente lo contrario. Lo que había anunciado Piotr Durnovo, ex ministro del Interior con Witte, un hombre de ideas derechistas y muy fiel al régimen, se hizo realidad: una vez puesta en marcha, la revolución se convirtió en una fuerza incontrolable que iba a barrer a quienes pretendieran manipularla.

El Príncipe Gueorgui E. Lvov pertenecía a una de las familias nobles más antiguas de Rusia, aunque como él mismo recordaba, con la abolición de los siervos su familia “cayó en la categoría de terratenientes que no tenían los medios para vivir de la forma en que habían estado acostumbrados”. Por eso y porque se había convertido desde los años noventa en un dirigente liberal del zemstvo de la provincia de Tula, no lejos de Moscú, hogar de sus antepasados, comenzó a tomar conciencia de la distancia que había entre terratenientes como él y la gran masa de población campesina: “Sabíamos tanto de los campos de Tula como de África Central”.

Su experiencia y su reformismo le convertirían en el candidato favorito para presidir el Gobierno Provisional. Tenía 56 años y asumió también, como ministro de Interior, la responsabilidad de controlar el aparato coercitivo y administrativo del Estado. Para una parte importante de esa multitud que estaba entonces en las calles, Lvov era, sin duda, un buen representante de la “clase privilegiada”. “¿Significa esto que todo lo que hemos hecho es intercambiar un zar por un príncipe?”, exclamó un soldado cuando se enteró del nombre del presidente.

Las cosas resultaron demasiado difíciles, montañas imposibles de escalar, para aquel Gobierno. No sólo porque disponía de pocos medios para hacer cumplir sus decisiones y mostrar autoridad entre la policía y los soldados de las guarniciones, sino, sobre todo, porque los soviets y otras nuevas instituciones desafiaron desde el principio su poder. Lo que había desde comienzos de marzo en Rusia, pensaban muchos, era una “autoridad dual”, la de ese Gobierno y la del Soviet de Petrogrado. Alexandr Guchkov, ministro de la Guerra, confesó en una reunión de jefes del ejército que “nosotros no tenemos autori-

dad, sólo la apariencia de autoridad; el verdadero poder reside en el Soviet”. Era también un reflejo de la profunda división en la sociedad rusa entre las clases populares y las propietarias.

Y además, la decisión del Gobierno provisional de continuar la guerra, defender a Rusia contra sus enemigos externos, le ató de pies y manos para evitar la insurrección de los enemigos internos. Los soldados, con el paso de los meses, comenzaron a cansarse de la guerra, querían la paz, volver a sus casas y empezar a vivir sin dueños en las tierras, como estaban haciendo algunos de sus familiares y allegados desde la caída del zar. Un millón de soldados desertó de sus puestos entre marzo y octubre de 1917.

Lvov, en medio de la insurrección de julio de 1917, no aguantó más la situación y se fue: “me siento como un trozo de madera flotante, arrastrado por las olas revolucionarias”, le dijo al general Alexei Kuropatkin (1848-1925). Los intereses generales del Estado, pensaba Lvov, estaban siendo sacrificados por los más particulares de los diferentes partidos y clases sociales y Rusia avanzaba hacia una guerra civil. Como les decía en una carta a sus padres: “sin duda, el país se dirige hacia una carnicería, hambre, derrumbe del frente (...) la herencia cultural de la nación, su gente y su civilización, será destruida”. Era, en sus propias palabras, “la venganza de los siervos”, el resultado del “comportamiento tosco y brutal” de los terratenientes “durante siglos de servidumbre”.

**A. LILLO: Una de las claves del éxito de Lenin y del partido socialista en general, fue su capacidad para captar las necesidades de la multitud. Así es como lograron atraerse a las masas.**

JULIÁN CASANOVA: Conforme el tiempo avanzaba y el Gobierno provisional y los dirigentes del Soviet mostraban su incapacidad para solucionar esos problemas y satisfacer las aspiraciones populares, la izquierda socialrevolucionaria y los bolcheviques prosperaban. Muchos mencheviques mostraban el desencanto con su partido por su colaboración con los kadetes. Los bolcheviques se convirtieron en la alternativa política para los desilusionados y para quienes buscaban un nuevo liderazgo. El único grupo que creía de verdad que las “horrendas dificultades” generadas por la guerra y el Gobierno podían ser enseguida superadas. Como no tenían responsabilidad política, recogieron los frutos de la división y declive de los otros dos partidos socialistas. Su no apoyo al Gobierno provisional les dio, a los bolcheviques en general y a Lenin en particular, lo que el menchevique Nikolai N. Sukhanov (1882-1949) llamó en sus memorias una posición “comodín”, por la que podían representar y adaptarse a cualquier cosa.

Pero, como señala Wade<sup>4</sup>, los bolcheviques no sólo ganaban apoyo por su política anti, de oposición, sino también por lo que defendían: paz inmediata, rápida y completa distribución de la tierra entre los campesinos y control obrero de las industrias. Fueron capaces de asumir las reivindicaciones de algunos grupos muy importantes en la sociedad, como las de las *Soldatki*, las mujeres de los soldados, que no atendieron ni el Gobierno provisional ni los dirigentes de Petrogrado, abriendo las puertas a la polarización social.

**A. LILLO: ¿Podríamos trazar otro paralelismo entre esa irresistible irrupción de las masas de entonces y la imparable ascendencia del mundo digital de hoy? Trataré de explicarme. La aparición de las nuevas tecnologías ha trastocado completamente la forma de hacer política en el siglo XXI; casi en la misma medida en que la aparición de las masas transformó la política de principios del XX. En los últimos años los partidos tradicionales se han visto en buena medida sobrepasados por otras organizaciones más dinámicas, que ejercen su influencia por cauces que hasta ahora no eran los habituales. Es como si la masa de principios del Novecientos fuera el universo digital de hoy. ¿Podemos aprender algo, en ese sentido, de la revolución rusa?**

JULIÁN CASANOVA: Si no forzamos ese paralelismo, podemos establecer algunas similitudes y diferencias entre los dos escenarios/contextos, con cien años de diferencia. Las similitudes están incluidas en la pregunta, pero la principal diferencia es que toda aquella irrupción de las masas, desde 1914 y durante tres décadas, fue acompañada de brutalización por la guerra, violencia política armada y paramilitarismo. Creo que esa diferencia es esencial.

**A. LILLO: Dígame, ¿cómo se prepara un tema así? Ya hemos dicho que la revolución rusa de 1917 es un acontecimiento decisivo en la historia contemporánea. Tanto la bibliografía como las fuentes deben de ser ingentes. ¿Podría explicarnos cómo ha sido su método de trabajo, cómo ha afrontado la realización de una síntesis de un tema tan vasto?**

JULIÁN CASANOVA: Es un trabajo de hace muchos años, que inicié con mi libro *Europa contra Europa, 1914-1945*, que refleja mi interés por Europa del este y por la historia comparada y que es fruto de mi estancia –como docente e investigador– en la Central European University de Budapest en los últimos

---

<sup>4</sup> Wade, R.A. (2000), *The Russian Revolution, 1917*, Cambridge, Cambridge University Press.

seis años. Mi método de investigación es muy clásico y comienza con el manejo de los elementos y técnicas del trabajo científico: saco notas, en fichas, de todo lo que leo, sean fuentes primarias o secundarias, busco diferentes enfoques, me pongo al día de todo lo publicado sobre el tema en varios idiomas, ordeno toda la información, contrasto teorías e interpretaciones con la investigación empírica y hago un guión previo del futuro libro. Desde hace tiempo, comencé a tener como una de mis principales ambiciones la síntesis, ser capaz de resumir para un público amplio una investigación compleja, en pocas páginas, sin perder el rigor y con la elegancia narrativa siempre en el horizonte.

**A. LILLO: Uno de los aspectos que más me ha llamado la atención de *La venganza de los siervos* es el acertado equilibrio que existe entre el análisis social, e incluso estructural, y la acción del individuo; entre lo social y lo individual. ¿Cómo se consigue ese equilibrio?**

JULIÁN CASANOVA: Creo que refleja mi interés, por un lado, en la conexión entre la historia y la mejor tradición de las ciencias sociales –algo que ya examiné en *La historia social y los historiadores*<sup>5</sup>– y, por otro, mis enseñanzas e investigaciones sobre los movimientos sociales, huyendo de los análisis estructurales y abstractos e indagando en lo que George Rudé llamaba “las caras de la multitud”, identificar a los actores de carne y hueso. Y más allá de las biografías de los grandes personajes, que siempre me han interesado, busco los detalles a veces insignificantes que rescatan a personas menos conocidas del anonimato. No es casualidad carente de significado que finalice la narración central del libro con una aproximación más detallada a la vida de Maria Spiridonova.

**A. LILLO: Si me lo permite, le preguntaré por Maria Spiridonova un poco más adelante. Ahora me gustaría que nos hablara sobre el papel del individuo en la historia, uno de los grandes dilemas ante los que se enfrenta nuestra disciplina. Está claro que la revolución rusa se hubiera producido igualmente sin Lenin, pero, también es evidente que se hubiera realizado de otra manera sin él. ¿Cuál es el peso de estas grandes figuras en el devenir de los acontecimientos? ¿Cuánto hay de talento y de habilidad? ¿Cuánto de oportunidad y de suerte?**

JULIÁN CASANOVA: Es un tema excelente para el debate. La historia social más estructural –la marxista británica quedaría fuera de esa categoría– despre-

---

<sup>5</sup> Casanova, J. (2015 [1991]), *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica.

ció la biografía, el papel de los “grandes” personajes. En el caso de Lenin, la historiografía se movía entre un extraordinario culto al líder y las teorías conspirativas que le reconocían su ambición y búsqueda del poder como su principal seña de identidad. La historiografía reciente ha introducido nuevas aproximaciones. En esencia, podríamos decir que la historia está también llena de golpes inesperados que se explican por la acción de grandes líderes o por la forma en que ellos los aprovechan. Según Orlando Figes, la toma del poder de octubre constituye un buen ejemplo: “pocos acontecimientos en la era moderna ilustran mejor el efecto decisivo de un individuo”. “Sin la intervención de Lenin, es probable que ese hecho nunca hubiera ocurrido –y la historia del siglo XX hubiera sido muy diferente”<sup>6</sup>. Para Christopher Read, uno de sus biógrafos, “una de las virtudes más sobresalientes de Lenin fue su capacidad para ver las fuerzas subyacentes en cada una de las coyunturas políticas”<sup>7</sup>. El fracaso del golpe de Kornilov le convirtió en un optimista obsesivo sobre las oportunidades para la revolución y comenzó a escribir una serie de cartas y escritos llamando a la insurrección. El 24 de octubre cosechó los frutos de su insistente campaña.

**A. LILLO: De hecho, cuando en 1917 se produce la revolución de febrero, Lenin se encuentra fuera de Rusia. Como usted mismo indica en *La venganza de los siervos*, llevaba muchos años lejos de su país. También es sabido que, incluso dentro del grupo bolchevique, algunas de las posiciones de Lenin no eran ampliamente compartidas. ¿Puede explicarnos un poco mejor cómo reaccionó ante el proceso revolucionario?**

JULIÁN CASANOVA: La noticia de la revolución de febrero cogió a los principales dirigentes bolcheviques y revolucionarios en la cárcel, en el exilio y en el extranjero. Lenin estaba en Zurich, Trotsky en Nueva York y Chernov en París. Ninguno de ellos hizo aquella revolución, aunque Lenin muy pronto iba a irrumpir en aquel escenario de crisis de autoridad como actor principal. Llegó a la estación de Finlandia de Petrogrado a medianoche del 3 de abril de 1917 y fue recibido como un héroe por obreros y soldados con pancartas y banderas rojas. Llevaba diecisiete años fuera de Rusia, en el exilio, salvo un período de seis meses en 1905-06.

Nacido en 1870, comenzó a acercarse al marxismo a comienzos de los años noventa y desde entonces emprendió una carrera de revolucionario profesional, viviendo de los fondos del partido y de la renta de una propiedad de su madre.

---

<sup>6</sup> Figes, O. (2000 [1996]), *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo 1891-1924*, Barcelona, Edhasa.

<sup>7</sup> Read, C. (2005), *Lenin: a revolutionary life*, Londres, Routledge.

En el tren que le llevó de Suiza a Petrogrado redactó lo que él consideraba que debía ser el programa bolchevique de transición desde “la primera a la segunda fase de la revolución”, conocido, tal como se publicó después en *Pravda*, el periódico del partido fundado en 1912, como las Tesis de Abril.

Las presentó en público al día siguiente de llegar a Petrogrado, ante una asamblea de Socialdemócratas reunidos en el Palacio Táuride, y lo que allí expuso era radicalmente diferente no sólo a lo que entonces hacían los líderes socialistas moderados del Soviet, sino también a lo que defendían los bolcheviques más destacados de esa ciudad. Los bolcheviques, según Lenin, no tenían que colaborar con el Gobierno provisional y, por el contrario, deberían comprometerse en una incesante propaganda antibélica, hasta la consecución de la paz. “En nuestra actitud hacia la guerra... no es posible la más mínima concesión al ‘defensismo revolucionario’”.

La tierra debía ser nacionalizada y lo que tenía que constituirse no era una “República parlamentaria... sino una república de Soviets de Trabajadores”. Se trataba, por lo tanto, de una nueva revolución que transferiría el poder “al proletariado y a los campesinos más pobres”. Era una propuesta que, como ya se ha señalado, no compartían los mencheviques ni los restantes socialistas, que consideraban necesario ese período de transición representado por el Gobierno provisional. Y eran ellos, y no los bolcheviques, quienes entonces controlaban los principales órganos de representación popular.

Pero la irrupción en ese momento de Lenin con sus nuevas tesis señaló el surgimiento de una enérgica oposición de izquierda. Lo que ocurrió en los meses siguientes llevó a Lenin al poder y no sólo por su absoluta fe en el destino que la historia le había asignado, sino, sobre todo, porque el Gobierno provisional no pudo, o no supo, controlar ese escenario revolucionario, ni tampoco buscó la paz con los alemanes, un hecho decisivo para explicar su fracaso y el triunfo bolchevique. La solución reformista en la que confiaban Lvov y su gobierno, que consistía básicamente en importar las políticas y prácticas constitucionales de Europa occidental, no contaba con precedentes ni bases sociales o culturales en las que apoyarse.

**A. LILLO: Aunque desde la comodidad que proporciona la distancia estemos tentados de ver la revolución como un proceso lineal con Lenin como uno de sus principales protagonistas, la realidad fue muy distinta. ¿Es esa la función de la historia? ¿Mostrar la complejidad y lo impredecible de los acontecimientos pretéritos? ¿Qué lo sucedido de una determinada manera podría haberse desarrollado de muy distintas formas?**

**JULIÁN CASANOVA:** Hacer simple la complejidad, sin perder el rigor y la fidelidad a las fuentes, constituye, en mi opinión, uno de los retos del historiador en la era digital, que nos está “obligando” a cambiar nuestra forma de enseñar y escribir historia. El historiador no puede dedicarse solo a transmitir conocimientos, que están en las web, a procesar toda la información disponible, sino que tiene que mostrar pruebas y contrapruebas de lo que difunde. Y la historia comparada ha de buscar las similitudes y las diferencias, saber por qué algo ocurrió en un lugar determinado y no en otro, indagar en lo que podría haber ocurrido y no ocurrió. En este caso, por ejemplo, tan importante es saber por qué ocurrió esa revolución en Rusia como por qué no ocurrió en Alemania, tras el armisticio de 1918 y el derrumbe del sistema imperial.

**A. LILLO:** El hecho de que la historia en muchos casos la escriban los vencedores obliga al historiador a un ejercicio crítico muy importante. En alguna entrevista usted ha dicho que los historiadores también han de estudiar los ecos, aquellas voces silenciadas o acalladas por las fuentes oficiales o tradicionales. ¿Cómo ha evolucionado la historiografía de las revoluciones rusas?

**JULIÁN CASANOVA:** En eso consiste la fortaleza y principal virtud de la historiografía, que siempre pueden revisarse los viejos enfoques, las herencias recibidas de forma acrítica. En el caso de la historiografía sobre 1917 en Rusia, cien años después, hay un debate intenso y riquísimo sobre las tendencias y temas de investigación más influyentes. La apertura de archivos a partir de 1991, el desplome de la Unión Soviética, tuvo un notable impacto en la investigación sobre la historia de Rusia en el siglo XX. Muchos historiadores abandonaron los “estereotipos ideológicos”, centrados en el mito de la “Gran Revolución Socialista de Octubre”, que habían dominado la historiografía durante el período soviético. La visión estalinista y soviética clásicas quedaron desacreditadas y el giro hacia posiciones más conservadoras, de triunfo y reivindicación de la democracia capitalista, dio alas a la interpretación “liberal”, que ya había tenido una influencia muy notable entre los historiadores de Estados Unidos, Reino Unido y Alemania.

A comienzos de la década de los ochenta, S. A. Smith revisó, desde postulados que conectaban con la historia social marxista británica, y especialmente con los trabajos de E.P. Thompson, los argumentos clásicos sobre las actividades políticas radicales de las clases trabajadoras<sup>8</sup>. Desde bastante antes, gracias

---

<sup>8</sup> Smith, S.A. (1983), *Red Petrograd: Revolution in the Factories 1917-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.

a un numeroso grupo de historiadores británicos y estadounidenses, la historia social había introducido ya una clara transición, y cambio, desde el estudio de las ideologías y partidos al análisis detallado de la vida cotidiana y las acciones de la gente común.

El carácter de clase de esas revoluciones fue matizada, a partir de los años noventa, por una nueva historiografía sobre las identidades sociales y culturales, con miradas al género, a la religión, a los símbolos y a las imágenes. Un cambio de rumbo del reino de lo material y político hacia lo cultural y antropológico. Como fueron además revoluciones que ocurrieron a lo largo y ancho de un vasto imperio multiétnico, comenzó a escribirse, frente al “rusocentrismo”, una historia “desde los márgenes”, que reconocía la complejidad cultural y social de las identidades nacionales y étnicas.

A todo eso, tan complejo, diverso y caleidoscópico, he intentado atender en mi investigación y trasladarlo a *La venganza de los siervos*. Lo que hay detrás –investigaciones, teorías e interpretaciones– los he tratado con cierta profundidad en un reciente artículo publicado en *Historia Social* (número 88, 2017), titulado “Viejos y nuevos relatos sobre las revoluciones de 1917”.

**A. LILLO: La victoria de Lenin tiene mucho que ver con su habilidad política, con su talento como líder, pero también tiene que ver con su carácter, con su visión del partido y de la revolución, una visión de corte más bien autoritaria que no compartían, por ejemplo, en el sector menchevique. ¿Hasta qué punto podemos considerar a Lenin responsable de la deriva del partido y de la Unión Soviética en los años siguientes? ¿O acaso fue una dinámica que ya estaba en marcha con independencia de la aportación de Lenin?**

JULIÁN CASANOVA: Lenin siempre abogó por utilizar la violencia contra los enemigos de la revolución y en esa explosión de violencia, y en la necesidad de controlarla por parte de los bolcheviques, se encuentran las bases de lo que sería el aparato de seguridad y represión de la dictadura estalinista. La importancia de Lenin en todo este proceso de evolución desde la revolución a la dictadura está fuera de duda. Su visión centralista del Estado revolucionario y su búsqueda del poder por encima de cualquier otro objetivo, su idea de ganar a la población y movilizarla, le condujeron, cuando eso no fue posible de forma “natural”, a fortalecer los mecanismos policiales y de coerción, a establecer un Estado con un solo partido y a reprimir a las formas más moderadas de democracia socialista. Tras el atentado del 30 de agosto de 1918, el culto a Lenin se propagó como la pólvora. En un panfleto elaborado por Zinoviev se le llamó “líder por la gracia de Dios” y su culto recordaba en muchos aspectos al que se había profesado al divino zar. Lenin era ahora el “zar del pueblo” y la pro-

paganda, y muchos historiadores que se la creyeron, le desvincularon de la parte más oscura de esa historia, la implantación del terror, como se haría después con otros célebres dictadores de la Europa del siglo XX.

Lenin murió el 21 de enero de 1924. Tras su muerte, el culto a su figura y los lugares que la recordaban dieron legitimidad al tortuoso camino que quedaba por recorrer para apuntalar definitivamente la dictadura que él había iniciado. “Cuando Lenin, el hombre, murió, nació Lenin el Dios”, escribe Figes. Se erigieron decenas de monumentos y estatuas, se dedicaron a su memoria cientos de calles e instituciones y Petrogrado tomó el nombre de Leningrado. En su testamento, ya advirtió del peligro que representaba Stalin, entonces secretario general del Partido, y “el poder ilimitado que había acumulado en sus manos”, lo cual, junto a ese culto sagrado a su persona del que se beneficiaron muchos, ha posibilitado la idea muy extendida de que Stalin había traicionado a Lenin y a la revolución y que nada tenía que ver su dictadura con las ideas y prácticas de Lenin, que nunca hubiera permitido ese despeñamiento al terror extremo. No son pocos, tampoco, los historiadores que han tratado de demostrar que los elementos básicos del régimen estalinista estaban ya presentes en enero de 1924.

**A. LILLO: Rosa Luxemburgo, desde Alemania, detecta esa deriva autoritaria casi desde el principio. Y deja constancia de sus críticas a Lenin y a Trotski en un librito titulado *La revolución rusa*, publicado en 1922, tres años después del asesinato de la propia Luxemburgo. En su texto, la teórica marxista dice cosas como: “El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la vida pública, por la democracia y la opinión pública más amplias e ilimitadas. La causa de la desmoralización se halla en el gobierno del terror”<sup>9</sup>.**

JULIÁN CASANOVA: Así es. Las tendencias antidemocráticas de los bolcheviques y su inclinación hacia el terror y el gobierno de partido único fueron denunciadas por Rosa Luxemburgo (1871-1919), una defensora de los hechos de octubre, en su panfleto *La Revolución Rusa*, escrito en la celda de la prisión poco antes de su brutal asesinato: “La libertad sólo para los partidarios del Gobierno, solo para los miembros de un partido –por muy numerosos que estos sean–, no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien piensa diferente”. “Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y de reunión, sin un debate libre, la vida muere en toda

---

<sup>9</sup> Luxemburgo, R. (2017), *La Revolución rusa*, Barcelona, Páginas Indómita, p. 120.

institución pública (...) y solo la burocracia permanece como un elemento activo”<sup>10</sup>.

Poder disponer de la opinión, y actitud, de Luxemburgo sobre la evolución posterior del bolchevismo en el poder sería impagable. Tampoco podemos saber a dónde le hubiera conducido la evolución de Alemania en los años veinte y la culminación de ese proceso en el nazismo.

**A. LILLO: Las reflexiones de Luxemburgo nos pueden servir para hablar sobre el papel de las mujeres en la revolución. Es un asunto que, como tantos otros, ha sido completamente relegado por la historiografía durante muchos años. En *La venganza de los siervos* dedica un importante espacio a abordar el papel de las mujeres en todo el proceso. Incluso recoge que son las madres y las esposas de los soldados que están en el frente quienes, con sus protestas y manifestaciones, dan comienzo a la revolución de febrero de 1917.**

JULIÁN CASANOVA: Todos los informes policiales advertían de que los sufrimientos causados por las derrotas a los soldados, a sus familias y a los refugiados estaban empeorando las condiciones de vida de las clases bajas a niveles sin precedentes, provocando desorden social y protestas de “madres exhaustas tras permanecer de pie en las largas colas” para alimentar a sus niños enfermos y hambrientos.

Refugiados, huérfanos e inválidos crearon asociaciones para defender sus intereses. Pero fueron las mujeres de los soldados (*Soldatki*), excluidas hasta hace poco de las historias generales, las que constituyeron el grupo más numeroso durante la guerra, bajo el zar, y también, dado que sus demandas no fueron satisfechas, en los meses posteriores a la revolución de febrero de 1917.

Su nacimiento como grupo social destacado tuvo lugar tras la movilización masiva de hombres que siguió a la declaración de guerra a Alemania y Austria-Hungría. Según el estudio de Sarah Badcock, aunque la traducción literal de *soldatka* era “mujer de soldado”, el término se utilizó en 1917 de forma más amplia para incluir a otras mujeres miembros de la familia<sup>11</sup>. Los *Soldatki* habían sido siempre un grupo minoritario entre las mujeres casadas, pero el reclutamiento masivo disparó su número. Si la cifra total de hombres movilizados superó los quince millones, el estimado de *Soldatki* se aproximó a catorce. Mu-

<sup>10</sup> Luxemburgo, R. (2017), *La Revolución rusa*, Barcelona, Página Indómita, pp. 116 y 120.

<sup>11</sup> Badcock, S. (2004), “Women, Protest, and Revolution: Soldiers’ Wives in Russia during 1917”, *International Review of Social History*, 49, pp. 47-70.

chas mujeres utilizaron también ese término –“mujer de soldado obrero” o “mujer de soldado campesino”– como una forma de definición social.

Lo que las convirtió en un grupo fueron sus quejas comunes, siendo la reivindicación más repetida la de un aumento de las ayudas otorgadas a las familias de los soldados. La inflación galopante y la subida de los productos de primera necesidad condenó a las *Soldatki* que dependían de esa ayuda para la subsistencia a la pobreza. Otras reivindicaciones incluyeron también combustible gratis, al mismo tiempo que se negaban a pagar impuestos o protestaban por la escasez de viviendas o por los intentos de desahucio por parte de los propietarios.

Antes de la guerra, el gobierno del zar ya había intentado identificar esa categoría de *soldatka* para establecer quiénes podían disfrutar del apoyo estatal. A finales de 1916, con el aumento masivo del número de peticiones de subsidio a consecuencia del enfrentamiento bélico, los beneficiarios se acercaban a veinticinco millones. Desde el estallido de la guerra a enero de 1917, la cantidad que el Estado tuvo que pagar, presionado por esas reivindicaciones y protestas, a las familias de los soldados representó alrededor del siete por ciento del total del gasto militar.

**A. LILLO: Además, en muchos casos, son trabajos efectuados por historiadoras las que reivindican la importancia de las mujeres en los procesos históricos. ¿Por qué la mirada de los investigadores ha ignorado durante tanto tiempo a las mujeres? ¿Cuándo piensa que comienza a invertirse esa tendencia?**

JULIÁN CASANOVA: Natalie Zemon Davis decía que el historiador tiene que escuchar los ecos que le vienen del pasado y ahí están incluidos los de quienes, a primera vista, no aparecen en las fuentes. La historia militante, y sus derivaciones, en forma de historia del movimiento obrero e incluso en la primera historia social, es una historia de hombres, dirigentes, y masas anónimas. En el caso de Rusia, esa tendencia comenzó a cambiar de forma profunda desde los años noventa del siglo pasado. Nada o casi nada ha quedado en los últimos años fuera del análisis y la fotografía que hoy puede obtenerse de aquellos acontecimientos y años convulsos ha dejado atrás el blanco y negro, para presentarse en formato digital, con una gama de tonos y colores que permiten al lector transitar por relatos y enfoques hasta hace poco desconocidos.

**A. LILLO: Aunque en *La venganza de los siervos* se habla de varias de ellas, como Nadia Krúpskaya, Inessa Armand, Yevgenia Bosh, Vera Slútskaya o la propia zarina Alexandra Fiódorovna, la historia de Mariya Spiridónova resulta ciertamente impactante.**

JULIÁN CASANOVA: Una buena parte de los revolucionarios de 1917 fueron devorados por la propia revolución o por el aparato del Estado que surgió de ella. Maria Spiridonova, quien, según Anna Hillyar, se convirtió en una “legendaria figura en el folclore socialrevolucionario”, es un excelente ejemplo<sup>12</sup>. Nació en 1884 en una familia de clase media alta de Tambov. Se acercó a los círculos revolucionarios, como ocurrió con una buena parte de la *intelligentzia* rusa, a través del estudio, para practicar pronto el terrorismo. En 1906 se ofreció como voluntaria para asesinar al oficial de la *Okhrana* (la policía secreta rusa), Graviil N. Luzhenovski, responsable de las atrocidades cometidas por los cosacos sobre los campesinos de su región. Lo mató en el andén de la estación de Borisoglebsk, de un tiro en la cara. Los soldados que la prendieron, le apagaron cigarrillos en sus pechos y la sometieron a todo tipo de torturas. Cuando se conocieron los detalles, hubo manifestaciones de indignación en Rusia y en los círculos feministas internacionales. En el juicio declaró que lo había asesinado porque ella se debía a los ideales del Partido Social Revolucionario y Luzhenovski era un torturador y violador de mujeres: “Fue por el bien de la dignidad humana, por el bien de la verdad y la justicia, que el comité de Tambov y yo sentenciamos a Luzhenovski a muerte”.

La condena a muerte a Spiridonova fue después conmutada por cadena perpetua y deportada a Akatuy, Siberia, una antigua mina de plata convertida en centro de detención de presos políticos y más tarde en penal de mujeres. Más de una década después, la revolución de febrero le abrió las puertas de la prisión, como a otros muchos revolucionarios y prisioneros políticos, y en la primavera de ese año, cuando el partido se dividió entre quienes se alinearon con los mencheviques y el Gobierno provisional o defendían el poder de los soviets, Spiridonova se fue con estos últimos y se convirtió en la líder de la facción de izquierda y de los campesinos. A partir de ese momento, fue una figura inspiradora de la revolución de los soviets, aunque nunca trató de la cuestión de la mujer o, de forma más específica, de las mujeres trabajadoras.

En noviembre de 1917 defendió la coalición de los socialrevolucionarios de izquierda con los bolcheviques. Spiridonova rompió el modelo de la mayoría de las mujeres socialistas rusas de ese momento, dedicadas a tareas administrativas y de organización más que políticas, y asumió el papel de dirigente reservado sólo a los hombres. Fue la candidata de los socialrevolucionarios de izquierda y de los bolcheviques a presidir la Asamblea Constituyente.

Durante los meses posteriores a la revolución de octubre, mantuvo, según Alexander Rabinowitch, una relación de respeto con Lenin, que se rompió con

---

<sup>12</sup> Hillyar, A. (mayo de 1999), *Revolutionary Women in Russia 1870-1917: a prosopographical study*, Department of History, Faculty of Arts, University of Southampton, Tesis doctoral, p. 121.

las políticas de requisas que los bolcheviques comenzaron a implantar en el campo y por el compromiso que ella siempre mantuvo con los campesinos. El asesinato del embajador alemán, Conde Wilhelm Mirbach (1871-1918), el 6 de julio de 1918, por los socialrevolucionarios Iakov Bliumkin y Nikolai Andreev, quienes buscaban provocar una guerra con Alemania y anular el tratado de Brest-Litovsk, fue aprovechado por Lenin para liquidar la creciente amenaza de esa izquierda revolucionaria. La insurrección de los días siguientes en Moscú acabó con el fusilamiento de un número desconocido de socialrevolucionarios y la detención de Spiridonova en una celda del Kremlin.

Tras esa insurrección, Spiridonova, al contrario que muchos de sus compañeros, siguió resistiendo a los bolcheviques y pasó los siguientes años en cárceles, tratada como una lunática, torturada a menudo, y en un largo exilio en diferentes ciudades soviéticas de Asia Central y Siberia. Cuando parecía que esa vida de activismo y persecución había ya pasado, fue detenida el 8 de febrero de 1937 y, tras otro peregrinaje de prisión en prisión, fue condenada por un tribunal militar y ejecutada en la de Oriol el 11 de septiembre de 1941, junto a otros 156 prisioneros políticos, cuando las tropas nazis se acercaban a la ciudad, “por difundir propaganda derrotista (...) y tramar la huida de la prisión para reanudar actividades subversivas”.

**A. LILLO: Alejandra Kollontai es otra de las figuras femeninas más fascinantes y destacadas. Ella siempre defendió que la revolución feminista debía ubicarse en el mismo plano que la revolución social, la política y la económica. Pero las suyas no eran unas ideas compartidas por los demás líderes socialistas. ¿Fue su insistencia lo que le costó su marginación política?**

JULIÁN CASANOVA: En la primavera de 1905, al calor de las demandas reformistas y revolucionarias de otros sectores de la sociedad, un grupo de mujeres crearon la “Unión por la igualdad de derechos”, una plataforma que intentaba unir a mujeres de todas clases, nacionalidades y religiones del imperio para presionar en favor de la concesión del voto, de una legislación protectora en el trabajo, de igualdad de derechos en la distribución de la tierra, introducción de la coeducación en las escuelas y acceso a los empleos públicos.

Las reivindicaciones consiguieron un notable apoyo de liberales, socialdemócratas y socialrevolucionarios, con más de 6000 afiliadas a la Unión a finales de otoño. La actividad de algunas de esas mujeres en las fábricas provocaron que las socialdemócratas pensaran en una organización exclusiva de mujeres dentro del partido y fue Alejandra Kollontai (1872-1952) quien dio los primeros pasos, con escaso apoyo de sus camaradas socialistas, mencheviques o bolcheviques, hasta que tuvo que marcharse poco después al exilio, del que no volvería hasta 1917.

Aunque el partido bolchevique demostró antes de octubre de 1917 una notable disposición a incorporar mujeres en la dirección de comités y como delegadas de los consejos municipales y soviets, tras la revolución de ese mes muchas eligieron antes la identidad colectiva del partido y de la política de los soviets que la del liderazgo, que permaneció en manos de hombres. Los aspectos más idealistas de la liberación de la mujer quedaron subordinados a la lucha por la consolidación del poder y en la dirección bolchevique hubo escasa voluntad de reconocer organizaciones separadas y específicas de mujeres, aunque hubo cambios importantes, y de notable impacto inicial, en la legislación sobre la familia, el matrimonio, el divorcio o el aborto. La mayoría de militantes y activistas se acomodaron en la política establecida, en responsabilidades en áreas consideradas tradicionalmente para mujeres, como educación, familia y salud, y abandonaron el movimiento revolucionario, bolchevique o de los soviets. Quienes no lo hicieron, como la socialrevolucionaria María Spiridonova o la menchevique Eva Broido (1876-1941), fueron perseguidas y finalmente asesinadas.

Ajenas a las luchas intestinas dentro del partido y a las complejas redes que sus camaradas masculinos habían tejido desde la clandestinidad, las principales activistas, como muestra la investigación de Barbara Evans Clements, rechazaron, o no buscaron, los puestos de dirección<sup>13</sup>. Krupskaja e Inessa, por ejemplo, dos de las más destacadas, prefirieron permanecer como militantes de base. Incluso Kollontai, elegida para el comité central en agosto de 1917 y después de octubre Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, nunca estableció vínculos estrechos con los principales dirigentes del partido y su completa identificación con las ideas feministas y las mujeres trabajadoras la condenó a un lugar marginal en la dirección del partido, antes de convertirse en la principal instigadora del grupo *Oposición Obrera* y ser relegada al servicio diplomático como embajadora desde 1923 en países escandinavos.

**A. LILLO: Volviendo a *La venganza de los siervos*. ¿Cómo ha influido, si es que lo ha hecho de alguna manera, su estancia en la Central European University de Budapest en la elaboración del libro?**

JULIÁN CASANOVA: Ha influido mucho. En primer lugar, porque como he aclarado antes, comencé a aproximarme desde un lugar privilegiado a la Europa del este, a sus tradiciones intelectuales. Allí trabajan destacados y reconocidos especialistas en Rusia y la Unión Soviética, como Alfred Rieber, con quien he aprendido mucho. Por otro lado, es una universidad con estudiantes de más de

---

<sup>13</sup> Clements, B.E. (1997), *Bolshevik women*, Cambridge, Cambridge University Press.

cien nacionalidades, muchos de ellos procedentes de los antiguos países de la Unión Soviética, que realizan investigaciones, con los que he tenido un contacto estrecho. En esos años, además, he impartido clases sobre revoluciones y guerra civiles en el siglo XX en perspectiva comparada, que me han estimulado a buscar de forma permanente nuevos horizontes y me han obligado, así, obligado, a estar al día sobre el tremendo caudal de producción historiográfica sobre ese relevante y complejo tema.

**A. LILLO: La Central European University, dirigida por Michael Ignatieff, está siendo objeto de una ofensiva por parte del gobierno húngaro presidido por Viktor Orban, líder de un partido conservador y nacionalista llamado Fidesz-Unión Cívica Húngara.**

JULIÁN CASANOVA: Ha pasado una ley en el parlamento para cerrarla y lo va a conseguir, algo increíble en la Unión Europea. Es un ataque al pensamiento libre y crítico y a George Soros, en el que Orban ve un capitalista –y judío, aunque eso no se dice abiertamente– peligroso. Han vendido a la población, con campañas de publicidad, que Ignatieff es un enviado de Soros [magnate estadounidense de origen húngaro] para montar una alternativa al poder de Orban, con dinero e intelectuales pagados para llevar a cabo ese objetivo. Yo, en verdad, me siento muy pequeño frente a ese delirio autoritario.

**A. LILLO: ¿Qué piensa de lo que está sucediendo en cuanto a derechos y libertades en lo que se conoce como “Europa del Este”? ¿Cómo encaja la democracia en países sometidos a dictaduras tan largas? ¿Se puede establecer algún paralelismo con España?**

JULIÁN CASANOVA: Lo que en inglés llaman *illiberal democracy* puede traducirse como democracia autoritaria. Funciona el sufragio universal, los parlamentos, la democracia formal... y lo que hay detrás es autoritarismo de ultraderecha. Lo importante es que, además, están en la Unión Europea, se aprovechan de ella, cogen recursos y, a cambio, no cumplen con los valores básicos de la democracia. España tuvo una transición difícil, pero los legados eran muy diferentes. Las dos guerras mundiales y la guerra fría llevaron a esos países a una ruta muy diferente.

**A. LILLO: En realidad, parece que los valores democráticos están retrocediendo en todo el mundo. No sólo es Putin o Europa del Este. También está Donald Trump en Estados Unidos, Marine Le Pen en Francia, el *brexit* en el Reino Unido...**

**JULIÁN CASANOVA:** El siglo veinte fue extraordinariamente variado, “de extremos”, como lo acuñó el historiador británico Eric J. Hobsbawm, pero al hacer balance casi todo el mundo celebraba que, después de tanta batalla, finalizadas las grandes rivalidades ideológicas, Europa era en el año 2000 más democrática y rica que nunca. Menos violenta y más estable. El capitalismo parecía funcionar con reglas establecidas, respetadas por los ciudadanos y los gobiernos. Un buen sitio para vivir.

Casi dos décadas después, dilapidada parte de esa prosperidad, reaparecen los fragmentos más negros de su historia. Europa no la componen sólo los países occidentales y durante la mayor parte de ese siglo veinte millones de ciudadanos defendieron estar organizados conforme a estrictas reglas autoritarias, pasando por encima de quienes no las aceptaron. En los países que salieron del comunismo, después de más de cuatro décadas de represión, las diferentes tradiciones políticas habían quedado borradas. Mientras la izquierda luchaba por distanciarse del pesado legado del comunismo, la derecha no tenía una historia democrática que reivindicar. La gran variedad de culturas y tradiciones nacionales siempre resultó un poderoso obstáculo a la cooperación.

Estamos ahora ante la muerte de esa Europa ideal que no pudo ser, sometidos a la plaga de los mercados, a los desastres económicos y con millones de personas en ruina. Aparentemente, los políticos trabajan para tapar las grietas, devolver la confianza, reconstruir la unidad. Lo que sale a la luz, se nota, se sufre, es, sin embargo, su incapacidad para elaborar un plan eficaz y hacerlo realidad. Todo lo demás está en el camino de convertirse en pura retórica europeísta, sólo útil para el reducido círculo que impone sus decisiones a los demás.

Lo de Donald Trump nos coloca directamente al borde del abismo. Es la antítesis de lo que necesitamos: políticos comprometidos con la sociedad, con los más débiles, antes de que esta quiebra del orden democrático haga crecer el extremismo político, el nacionalismo violento y la hostilidad al sistema y a los valores de la democracia.

### **A. LILLO: Putin no debe de estar muy interesado en conmemorar la revolución rusa...**

**JULIÁN CASANOVA:** Los políticos deforman a menudo la historia para adaptarla a sus propios fines. Las visiones históricas, como estamos viendo a lo largo de esta entrevista, están sujetas a revisión y cambios con el tiempo, porque la historia no es una mera narración de hechos, vacía de interpretación, sino un análisis del pasado fundamentado en las pruebas disponibles. Aunque el conocimiento del pasado está limitado por las disputas entre historiadores, por los diferentes puntos de vista, por la tensión entre subjetividad y objetivi-

dad, lo que debe siempre evitarse es buscar los hechos más convenientes para apoyar las ideas favoritas. Lo que hará Putin, y tiene también historiadores detrás, es seguir alimentando relatos míticos, sobre la grandeza imperial rusa, para consumo popular y a mayor gloria de su poder.

**A. LILLO: *La venganza de los siervos* tiene un estilo muy cuidado. La prosa es clara y amena, sin menoscabo de la profundidad en el análisis. Como muchos de los libros que usted ha escrito, está pensado para llegar a un amplio número de lectores, para ir más allá del ámbito puramente académico.**

JULIÁN CASANOVA: Detrás de mis libros intento que haya una lectura crítica del pasado, acompañada de pensamiento analítico y comunicación precisa. Pero me interesa mucho la narración, el fondo y la forma, más allá de considerarla solo un vehículo para transmitir el relato de los hechos. Es un aprendizaje continuo, basado en la lectura, en el aprendizaje de las mejores tradiciones historiográficas. Pero se trata también de pensar en los lectores, de escribir de una forma que intuyes que mucha gente puede y quiere leer.

**A. LILLO: Si el historiador serio, responsable y formado no se ocupa de transmitir los resultados de las investigaciones al conjunto de la sociedad de una forma atractiva y sugerente, otros lo harán. ¿Cree que en ese aspecto los historiadores deberíamos hacer un mayor esfuerzo, no ya sólo por divulgar, sino por transmitir nuestros conocimientos de una manera más interesante sin perder el rigor que debería ser inherente a nuestra profesión?**

JULIÁN CASANOVA: Vivimos a caballo entre una queja general –porque la historia y las humanidades han perdido peso– y la indiferencia de muchos historiadores hacia esa comunicación precisa, que pasa también por difundir la historia en los medios de comunicación y en las redes sociales, en participar en debates.

Considero también que la forma de incorporar historiadores al mundo académico y de consolidar el currículum –en el que se valora sobre todo la publicación en revistas “super” científicas– no contribuye a una buena divulgación. Los periodistas interesados en la historia, cultos y lectores, suelen compartir una queja: les resulta difícil encontrar historiadores capaces de comunicar con rigor y precisión grandes problemas o temas para un público amplio. En el lenguaje radiofónico o televisivo el tiempo es oro. O lo aprovechas o lo hacen otros. Después suele venir la queja de que quienes lo hacen no son historiadores “auténticos”.

**A. LILLO: ¿Cuáles son sus próximos proyectos? ¿Puede adelantarnos algo?**

JULIÁN CASANOVA: Hace tiempo que estoy investigando sobre las diferentes manifestaciones de violencia política en la Europa del siglo XX. Una mirada telescópica a ese siglo, de norte a sur y de oeste a este. No tengo prisa, pero una buena parte de mis lecturas y enseñanzas transitan ese complejo y vasto camino.